

había llevar á cabo la conquista de la Finlandia y tener esperada mejor parte de lo que parecía bien tomar posesion de las márgenes del Danubio. Napoleón y Alejandro seales pidieron con amenazas y prometiéndose que serian contados, si obtenían sendos á medias de su alianza e ganansa. Tranquilizado Napoleón de los resultados de la entrevista de Erfurt, con dió sus mejores ejércitos á España, aquellos ante los cuales habia sucumbido el continente. Este era el momento esperado por Austria y por todos los resentimientos alemanes. Entonces tuvo lugar una nueva preparacion á la ofensiva por parte de Europa, la de 1809. Después de arróllar Napoleón por delante aunque sin domar á los españoles, que habian de continuar, á la destrucción del ejército inglés de Moore, que no sabia háir tan de prisa, cuando el Austria pasó el Inn y volvió á Hamar al Norte. De Valladolid partió á toda rienda prometiéndose que dentro de tres meses ya no existiría el Austria; como el relámpago voló á Paris, de Paris á Ratisbona; y con una tercera parte de veteranos establecidos junto al Danubio, y dos terceras partes de conscritos allegados de prisa, operó prodigios en Ratisbona, de nuevo entró como vencedor en Viena y contuvo todas las inquietudes alemanas prontas á estallar de un momento á otro. Ocasido que sin embargo por el modo con que fué dispuesta, primero en Essling y después en Wagram la victoria, por el retumbor de Alemania y de Europa, Napoleón sintió que penetraron algunos fugos de verdad en su alma. A la sazón comprendió que el mundo tenía necesidad de reposo, y que de no dárselo se exponía á un levantamiento general de los pueblos. Así adoptó ciertas resoluciones que

eran consecuencia de esta cordura transitoria. proyectó retirar sus tropas de Alemania, á lo menos de los territorios que no eran suyos, á fin de disminuir la exasperacion general; resolvióse terminari á fuerza de aplicar la atencion toda sus asuntos de España, que ofrecian á Inglaterra un pretesto y un medio de perpetuar la guerra; se ocupó en obligar á esta potencia á ceder los resultados de una prohibicion absoluta del comercio, y sistematizó el bloqueo continental con esta mira. Finalmente, pensó en contraer segundas nupcias como si bas segundose heredeos asegurara la herencia, como si la felicidad imperial hubiera debido ser la felicidad de los pueblos. Con todo, si estas resoluciones tomadas diajo una inspiracion de juicio salieran seriamente ejecutadas, posible es que el exorbitante orden de cosas que Napoleón pretendia establecer adquiriera solidez y aun tal vez duracion, á lo menos en cuanto no contrariara de una manera inenmable los sentimientos y los intereses de los pueblos. Si realmente era para la Alemania, y empleara en España medios proporcionados á la dignidad de la obra, y perseverara en el bloqueo continental sin violencia, probablemente alcanzara la paz, mas si como de hecho cesaron los principales padecimientos de las poblaciones europeas, suprimiera una grave causa de colision con los Estados sometidos al bloqueo continental, y por último coronara el total de un matrimonio que fuera una verdadera alianza, necesariamente consolidara un orden de cosas excesivo y no perpetuara en cuanto no se resistiera de absolutamente imposible. Pero, en caracter y los hábitos contrarios, muy luego arrastaron á Napoleón á resultados diametralmente opuestos á sus



velidades pasageramente pacíficas. Así, se abren las cuarentenas y puntos de Alemania y la ciudad de sus tropas de Brema á Hamburgo, de Hamburgo á Danzig bajo pretexto del bloqueo continental. A más avanzó todavía, pues como para simplificar en todas las cosas agregaba al imperio la Holanda, Brema, Hamburgo, Lübeck y el ducado de Oidenburgo, que pertenecía á la familia imperial rusa. Al propio tiempo incorporó la Toscana y Roma al imperio. Se le resistió, el papa le hizo que se le apresara y se le condujera á Savona, y después á Fontainebleau, donde se detuvo respetuosamente. Desde Danzick hasta Sevilla dispuso que se hicieran prohibiciones de mercancías, que si no dar mucha mayor eficacia al bloqueo continental, se centaron en irritación de los pueblos contra él se sostenía. Interin se mostraba tan riguroso en la ejecución del bloqueo, y especialmente respecto de aquellos á quienes no interesaba nada personalmente, no se paraba en cometer las más extrañas infracciones, permitiendo al comercio francés que traficara con Inglaterra por medio de licencias, lo cual daba al sistema un aspecto intolerable, puesto que semejaba que Francia no quería soportar los daños del régimen imaginado por ella sola. Respecto de España, en ya guerra importaba tanto acabar muy pronto, engañándose en Napoleón sobre la dificultad de la empresa, indurrió en el yerro de no enviar fuerzas más considerables ó de no acudir en persona, pues á lo menos facilitara su presencia que las fuerzas existentes concurrían con un resultado decisivo. La guerra de España terminó de se á expensas del ejército francés que se consumió en ella, y para mayor gloria de los ingleses, que

al parecer eran los únicos en tener al gran imperio en jaque. Finalmente el matrimonio de Napoleón, que pudiera ser una señal de paz, como una esperanza de reposo para el Borbón extenuado, en vez de proporcionar una alianza sólida, fué por el contrario ocasión de romper la alianza rusa, sobre la cual se había hecho que descansara toda la política imperial desde Tilsit. Según lo que en Erfurt se había prometido, Napoleón debía hacer bodas con una princesa rusa. Pero Alejandro, que al lanzarse á nuestra alianza, se había lanzado solo, por que menos versátiles y menos astutas, se habían en su corte, no veían que así era un consecuencia, esta misma consecuencia de valia la Finlandia y la Besarabia. Alejandro, para disponer de su hermana tenía necesidad de algunos miramientos respecto de su madre, y de consiguiente de algunas dilaciones. Mandó á Napoleón parár que le hicieran esperar, dió al traste con esta negociación apenas comenzada, sin tomarse el trabajo de retirar su compromiso, y casóse con una princesa austríaca. Austria se apresuró á ofrecérsela, no tanto por formar vínculos con Francia, como por romperlos y vínculos de Francia con Rusia, y Napoleón aceptóla porque se le había hecho aguardar la princesa rusa, por que la princesa austríaca era de más noble linaje, y por que de de paraba un matrimonio á semejanza de los que en otros tiempos solían contraer los Borbones. Al contar desde esta fecha, la alianza con Rusia, es una alianza falsa, engañadora, pero respetuosa, y así útil por el momento, quedaba rota. Napoleón se hallaba solo con su orgullo y su ejército en el mundo; ejército admirable, si bien despatramado desde Cádiz hasta Köwino, si no se hubiera y, ello no



Así el resultado de sus miras pacíficas ó consecuencia de la jornada de Wagram era el siguiente: Incorporación al imperio de Holanda; de las ciudades anseáticas, del ducado de Oldenburgo, de Toscana, de Roma: cautiverio del papa; rigores intolerables é infracciones inexplicables en la ejecución del bloqueo continental; prolongación indefinida de la guerra de España: ruptura de la alianza rusa, sin haber adquirido la alianza de la corte de Austria, con la cual se había contraído un matrimonio de vanidad.

Tal era la situación de Napoleón en 1811 al cabo de doce años de un reinado absoluto, ora como primer consul, ora como emperador. Una solución hacia falta. Cansado de buscarla en la península, desde que Masena fue detenido delante de las líneas de Torres-Vedras, se aplicó Napoleón á hallarla en otra parte. Profundamente satisfecho al parecer la Prusia y el Austria, con el corazón ulcerado si bien con la cabeza baja, no pronunciaban una sola palabra que no tuviera el carácter de la mayor deferencia, y á lo sumo hacían oír una súplica, si necesitaban defender algún interés apremiante. Algo menos humilde Rusia era la única que se atrevía á discutir con el señor del continente, pero con el mas suave tono. Se veía que jamás había dejado de contar con su lejania geográfica, á pesar de que en Friedland sintió que á la distancia del Sena al Niemen todavía eran los golpes de Napoleón bastante rudos. Moderadamente se quejaba de que había sido despojado de sus posesiones, su deudo el duque de Oldenburgo pedía que por virtud de un convenio secreto se le tranquilizara sobre el porvenir del gran ducado de la sovia, que Napoleón ha-

bia ensanchado después de Wagram, y que no era nada ó debía ser la Polonia: finalmente, oponía resistencia á la nueva forma dada al bloqueo continental. A sus ojos cada cual debía ser dueño de establecer en su casa las leyes comerciales que le parecieran mejores; decía que había prometido cerrar las playas rusas al comercio británico y que no faltaba á su palabra; que sin duda entraban algunos buques ingleses bajo el pabellón americano, pero que eran muy poco numerosos á todas luces, y que no lo podía impedir sin sublevar á sus pueblos. Según se debe recordar, todo esto se manifestaba con moderación infinita y con el apoyo de sólidos argumentos. En punto al desaire hecho á la princesa rusa, no decía Rusia ni una palabra, aunque con su silencio significara que la había herido muy vivamente.

Estas objeciones indignaron á Napoleón sobremanera. Resistirle, aun sin ruido, aun sin que lo echara de ver el mundo, á sus ojos era dar la señal de la rebeldía. Por desafiado se juzgaba desde que alguien y en cualquiera sitio se atrevía á suscitár la mas leve objeción contra sus voluntades arbitrarias. Un cálculo se juntaba en su mente á la cólera del orgullo. Siendo al parecer imposible acabar la guerra de España en España, y sobre todo muy largo, y haciéndose esperar así los efectos del bloqueo continental, ya abandonada de muy atrás la expedición de Boulogne, creyó que urgía ir á las márgenes del Dniéper á terminarlo todo. Se figuró que cuando desde Cádiz hasta Moscov no hubiera ya ni sombra de resistencia, cuando Rusia quedara reducida á la condición de Prusia y de Austria, tendría resuelta la



cuestión europea; que Inglaterra se rendiría ya al término de su constancia; que así quedaría fundado el imperio francés, dilandose de Roma á Amsterdam, de Amsterdam á Lubeck, con los reinos de España, de Nápoles, de Italia, de Westfalia por reinos tributarios. Así la cólera del orgullo y el cálculo de acabar en el Norte lo que no terminaba en el Mediodía fueron las verdaderas y únicas causas de la guerra de Rusia.

Esta funesta empresa fué acometida con medios formidables, y comenzó en Dresde por un espectáculo inaudito de prepotencia por una parte, de dependencia por otra, dado durante un mes entero por Napoleon y por los soberanos del continente. Estos, más ulcerados y más sumisos que nunca, se presentaron con la humildad en la frente y el odio en el corazón ante su soberano. Aunque, lejos de haber perdido Napoleon como capitán sus facultades, poseyera cuanto la mas consumada experiencia puede añadir al mas insigne genio, á la verdad el mismo arte de la guerra habia perdido alguna cosa bajo el influjo de la inmensidad y de la precipitación de las empresas. Con efecto, en todas las artes sucede á menudo que no se hace bien lo que se hace en demasia. Sin duda eran las concepciones más vastas, pero su ejecución adolecia de menos perfecta. Con especialidad en la guerra de Rusia, el lujo propagado entre nuestros generales y las precauciones adoptadas contra un clima desconocido y temido cargaron al ejército de equipajes, embarazosos aun á distancias cortas, abrumadores á distancias considerables. Además, el deseo de allegar numerosas fuerzas, la costumbre de dar cima á todo por virtud del

hábil manejo de las masas, hicieron descuidar la calidad de las tropas. Solo un cuerpo de bellas se conservaba como modelo, el del mariscal Davout, y doscientos mil hombres como los suyos ganaban la causa que perdieron los seiscientos mil trasladados mas allá del Niemen. Pero singular ejemplo de la abyección bajo el despotismo! Se miraba casi de mal ojo al mariscal Davout por haberse mantenido tan severo, tan correcto en la manera de organizar y sostener sus tropas en medio de la corrupcion general. Así el arte, llegado á su perfección teórica en la mente de Napoleon, se habia corrompido en la práctica algun tanto. La campaña de 1812 ofreció la imagen de una expedición al estilo de las de Jerjes. Apenas trascurridos ocho dias desde el paso del Niemen, ya habian desertado doscientos mil hombres de sus banderas, y ofrecian el espectáculo deplorable y contagioso de una disolucion de ejército. Tal vez haciendo alto Napoleon estrechara sus filas, consolidara la base de sus operaciones, y consiguiera descargar un golpe mortal al coloso ruso. Pero ante la Europa atenta, sorda y profundamente enconada, deseosa de nuestra ruina, se necesitaba uno de aquellos prodigios bajo los cuales Napoleon la habia acostumbrado a doblar la frente, como Austerlitz, Jena, Friedland. En pos del tal prodigio corrió Napoleon hasta las márgenes del Moskowa, y en efecto, allí encontró un prodigio en la jornada del 7 de setiembre de 1812, pero un prodigio de matanza, y sin el carácter de decisivo ni con mucho; de esta clase lo fué á buscar hasta dentro de Moscovia, y allí encontró lo maravilloso, y despues un sacrificio patriótico espantable, el incendio de la población toda, y va



efante se quedó un mes entero y sin saber qué partido abrazar á la extremidad del mundo civilizado. Seguramente nunca acreditó más tenacidad ni más espíritu de combinación que durante los veinte y tantos días pasados y perdidos dentro de Moscov. Pero faltó la constancia agotada de sus legatamientos á las combinaciones por las cuales pretendía salir del abismo á que se había lanzado. Forzoso fue tomar la vuelta. Operando á la vez el clima y la distancia sobre un ejército agobiado por el peso que llevaba consigo, y que contaba en sus filas demasiados jóvenes y demasiados extranjeros, al fin cayó en la disolución en medio de la inmensidad helada de Rusia. Al principio de la retirada tuvo Napoleon algunos días de estupeor que dieron á su carácter ciertos visos de desmayo, pero fueron algunos días perdidos en contemplar y en reconocer su prodigioso cambio de fortuna. Su carácter volvió á aparecer con toda su plenitud junto al Berezina, para no abandonarle ni en Waterloo. Cuantos censuran aquí el genio militar de Napoleon cometen un error de juicio. No hay que achacar al genio militar de Napoleon la culpa, sino á aquella voluntad delirante, impaciente á la vista de todos los obstáculos, que, pausando ó extendiéndose de los hombres á la naturaleza, halló en la naturaleza la resistencia que no encontraba ya en los hombres, y sucumbió debajo de los elementos desencadenados. No fue, pues, el militar quien incurrió en el yerro y fue castigado de resultas, sino el despota del corte de los despotas del Asia. Con menos talento que el suyo y en otro siglo quizá Napoleon azotara al mar como Jerjes por haberle desobedecido. Sin embargo, algo hubo parecido

á tal extravagancia, pues durante muchos meses notóse en sus escritores un desencadenamiento inaudito contra el clima de Rusia, causa única, al decir de ellos, de todas nuestras desventuras. Así varia la forma de las cosas, y subsiste la locura humana. Pero las cosas así sucedieron en Moscov. Desertando de su ejército, dicen sus detractores, abandonándole sin piedad, dirá la imparcial historia, á fin de ir á preparar otro, Napoleon cruzó la Alemania en secreto, la Alemania más llena de asombro, y con necesidad de reconocerse para dar crédito á la mudanza de su fortuna. Al fin logró escape, y en Paris volvió á tomar las riendas del imperio. Conternada Francia le proporcionó ambiciosa, aunque sin mostrarse indulgente de ningún modo relativamente á sus errores, con qué vengar y restaurar nuestras armas. Estos recursos empleólos con un genio militar probado y engrandecido en el infortunio. Sublevándose Alemania alargó las manos á Rusia, y para la union de toda Europa contra nosotros solamente faltaba el Austria. Así iba á depender la salvacion ó la ruina de Francia de la conducta que se observara con esta potencia. De seguida tomó Austria una actitud honrosa y hábil, que ni siquiera había derecho á esperar y que fue debida al ministro negociador del matrimonio de Maria Luisa, el cual aspiraba á manejar convenientemente la transicion de la alianza á la guerra. Entre todos los pueblos de Europa ansiosos de que en contra del comun opresor se unieran todos los oprimidos, y Francia que invocaba los vínculos de la sangre, se presentó atrevidamente como árbitra el Austria. A la verdad pedía muy poco, pues se reducía á solicitar que se re-



nunciara a aquella Alemania francesa calificada de Confederación del Rin, que se restituyeran a Alemania sus puertos naturales, Lübeck, Hamburgo, Brema, que también Trieste le fuera restituido, y por último, que se renunciara a aquella falsa Polonia llamada Gran ducado de Varsovia. A este precio nos dejaba la Westfalia, la Lombardia y Nápoles a título de reinos tributarios, el Piamonte, la Toscana y los Estados romanos constituidos en departamentos franceses, y no tomaba en boca a España. De consiguiente nos concedía doble de lo que debíamos apetecer, y doble de lo que el hijo de Napoleón pudiera conservar. No queriendo creer Napoleón que Austria se atreviera a constituirse formalmente arbitra entre él y la Europa, resolviéndose de sostener victoriosamente la guerra cuando se aproximara a las márgenes del Rin, mientras se negociaba apresuróse a ganar dos batallas, las de Lutzen y de Bautzen, donde sin caballería, y con una infantería compuesta de niños, batió a las mejores tropas de Europa, luego tratando al Austria como sabalterna, no haciendo caso de sus amonestaciones, ni aun de sus ruegos, convencido de que reharia su grandeza sin ella y a pesar de ella, rompió el armisticio de Dresde, y volvió a empezar contra Europa toda aquella funesta lucha, que ahora abrió con una de las más insignes victorias de su reinado, la de Dresde, fecha de que saliera quizá victorioso, si se limitara a defender la línea del Elba desde Koenigstein hasta Magdeburgo. Pero con la temeraria esperanza de rehacer de un sólo golpe y por completo su antigua grandeza, quiso extender su izquierda hasta Berlín, su derecha hasta las inmediaciones de Bres-

lau, á fin de interceptar los socorros que se hubieran podido enviar a Berlín desde Praga, y mientras personalmente permanecía victorioso junto al Elba, fue vencido en la persona de sus lugartenientes, así en el camino de Breslau como en el de Berlín, y obligado entonces á concentrarse, lo hizo de una manera tardía, perdió la línea del Elba, trató de reconquistarla en Leipsick, y allí en la mayor función de guerra de los siglos, luego tres dias consecutivos sin perder su línea de batalla. Mas reducido a declararse en retirada, fue alcanzado de resultas de un accidente funesto, la explosión del puente de Leipsick, de un accidente al parecer fortuito, y en realidad inevitable, pues emanaba de las proporciones exorbitantes que Napoleón daba á todo. Allí perdió parte de su ejército, y este deplorable accidente obligóle del Saale al Rin á una segunda retirada, menos larga, si bien casi tan triste como la de Rusia. Junto al Rin dió fin el fúts de este ejército que Francia le habia proporcionado para reparar el desastre de 1812.

Ya á las márgenes del Rin, persistiendo Austria en su prudencia, logró que se ofreciera a Napoleón la paz bajo las condiciones del tratado de Luneville, esto es, Francia con sus fronteras naturales. No la rehusó á la verdad, mas expreso su aceptación con un lenguaje ambiguo que participaba a la vez de orgullo y del temor de debilitarse con manifestar demasiada prisa por venir á tratos; nueva falla que esta vez era casi consecuencia inevitable de las fallas anteriores. Mas Europa que habia temblado ante la idea de invadir a Francia, supo muy luego y á medida que estuvo mas cerca hasta que punto se habia enagenado Napoleón



las voluntades, y desde entonces aprovechóse de la ambigüedad de la aceptación para retirar sus ofertas, y marchó á Paris en derechura. Napoleón, que creía tener tiempo de reunir fuerzas bastantes, y que mas acá del Rhin se consideraba invencible, no se halló mas que con los tristes restos de Leipsick para hacer frente á Europa, esto es, sesenta ó setenta mil hombres, extenuados unos y niños otros, contra trescientos mil soldados aguerridos. En este momento se le propuso tambien la paz, mas con la Francia de 1790. Teniendo razon por primera vez contra sus consejeros; desplegando en vez del loco orgullo de un conquistador asiático, el orgullo noble del ciudadano; comprendiendo que la Francia de 1790 estaria mejor puesta en las manos de los Borbones que en las suyas, rehusó las condiciones de Chatillon, y sin mas que restos de tropas luchó hasta el postrer dia con denuedo indomable.

Bien se puede afirmar que la historia no presenta dos veces el espectáculo extraordinario que ofrece durante estos dos meses de febrero y marzo de 1814. Con efecto, asaltados sus lugartenientes por todas partes, se retiran de las fronteras desordenadamente y llegan á Chalons consternados. Solo acude Napoleón sin otro refuerzo que su persona, les tranquiliza, les reanima, restituye la confianza á sus soldados, desmoralizados, se precipita ante la invasion en Brienne y en la Rothiere; se bate allí en la proporcion de uno contra cuatro, yug hasta contra cinco, asombra al enemigo de resultados de la violencia de sus golpes, logra asi contra todo lo que se aprovecha de algunos dias de respiro, conquista con la punta de la espada para proveer de fuerzas indispensables al Marne, al Aube, al

Sena, al Yona, conserva en el centro una fuerza suficiente para correr al punto mas amenazado, y allí, á semejanza del tigre en acecho, aguarda una eventualidad que ha vislumbrado en las profundidades de su genio, y es que el enemigo se divida entre los rios que corren hácia Paris. Saliendo esta prevision justificada, se lanza sobre Blücher separado de Schwarzenberg, le abraza en el espacio de cuatro dias, de seguida revuelve sobre Schwarzenberg separado de Blücher, le pone en fuga, le arrastra de las puertas de Paris á las de Troyes; entónces le quiere ofrecer la paz el enemigo por vez postrera, esto es, la corona; rehusa la oferta por no ser comprensiva de los límites naturales; de nuevo corre sobre Blücher; le encierra entre el Marne y el Aisne, le va á destruir para siempre, y á restaurar milla grosamente su fortuna, quando Soissons abre sus puertas. No turbado á pesar de este rápido cambio de fortuna, lucha en Craonne y en Laon con teson indomable; se halla próximo á hacer otra vez suya la victoria, que Marmon le hace perder por una falta; se retira medio vencido sin desmayo; no desespera todavia, á pesar de no ser ya posible la maniobra de correr de Blücher á Schwarzenberg, por estar muy prevista, por no haber derrotado á Blücher, y en fin, porque están muy cerca unos de otros, siempre inagotable en recursos, imagina entónces trasladarse hácia las plazas para allegar sus guarniciones y establecerse á las espaldas del enemigo con cien mil hombres. Antes de ejecutar esta marcha atrevida, desparga en Arcis su Xube un golpe sobre el flanco de Schwarzenberg con el fin de atraerle en su seguimiento; acto continuó corriendo á Nancy, quando decidiéndose á marchar á Paris el



enemigo, llega á forzar sus puertas, Napoleon retrocede á toda prisa; halla al enemigo diseminado á las dos márgenes del Sena, se apresta á abrumarle, cuando sus lugartenientes le arrancan su espada, castigándole tardamente por haber abusado de ella, y hombre de guerras felices, termina su carrera despues de haber desplegado todos los recursos del genio y del carácter en una guerra desesperada, donde añade al brillo, á la audacia, á la fecundidad de sus primeras campañas, una cualidad que aun no habia desplegado, y que despliega hasta el prodigio, la constancia inquebrantable en el infortunio.

Tal fué la carrera de Napoleon desde los principios hasta los fines. La hemos resumido en algunas páginas con el objeto de que resalte mas de bulto; ahora resumamos el resumen con el objeto de sacar las profundas lecciones que encierra.

En medio de Francia, exhausta de sangre, su-blevada ante el espectáculo á que ya habia asistido no menos que por espacio de diez años, se apoderó el general Bonaparte de la dictadura el 18 de brumario, lo cual, digase lo que se quiera, no fué una falta, ni un atentado. Entonces no fué la dictadura una invencion del servilismo, sino una necesidad social. Para que la libertad sea posible, se requiere que gobiernos, partidos, individuos, se lo dejen decir todo con una paciencia inalterable. A penas se muestran capaces de esta virtud ni cuando por falta de recriminaciones formales, se lanzan al vedado terreno de la calumnia. Pura ilusión era la de aspirar á que se mantuvieran unos en frente de otros y disutiendo con tranquilidad los negocios públicos los hombres de aquel tiempo,

siendo así que se podian acusar justamente de haber matado, despojado, hecho traicion y pactado con los enemigos exteriores. No hay, pues, que pedir cuentas al general Bonaparte por haberse alzado con la dictadura, sino por el uso que hizo de ella desde el año 1800 hasta el de 1814.

Nada dejó que desear cuando ante los horrosos desórdenes de una revolucion muy larga, su genio, tan sensato como eminente, se aplicó á reparar las faltas ajenas. Enconados halló á los franceses unos contra otros, y pacificó la Vendée, llamó á los emigrados, y hasta les restituyó parte de sus bienes. En su fuerza halló el cisma y perturbando las conciencias no tuvo la pretension de ponerlo término con la espada, y se dirigió respetuosamente al jefe universal del orbe católico á quien habia restablecido en su trono; le hizo fuerza con sus razones; le indujo á reconocer los resultados legítimos de la revolucion francesa; con especialidad obtuvo la sancion de la venta de los bienes de la Iglesia, la deposicion del antiguo clero y la institucion de otro nuevo y ortodoxo, la absolucion de los eclesiásticos juramentados ó secularizados, y despues de una negociacion de cerca de un año, obra maestra así de destreza como de prudencia, de todas las relaciones de la Iglesia con el Estado compuso una constitucion admirable, la única de nuestras constituciones que ha tenido el carácter de duradera, el Concordato. Bajo la influencia de las pasiones mas insensatas habia comenzado la revolucion nuestras leyes civiles; y Bonaparte las prosiguió y diólas remate bajo la inspiracion del buen sentido y de la experiencia de dos siglos. Restableció los impuestos indispensables á todos por



los aduladores de la muchedumbre, organizó una contabilidad infalible, creó una administración activa, íntegra y fuerte. Activo y resuelto en punto á la política exterior, á la par que contenido, se supó servir de la fuerza juntando la persuasión al mismo tiempo. En Suiza operó una segunda pacificación de la Vendée por virtud del acta de mediación que, sin mas que mudar de nombre, ha venido á ser la constitucion definitiva de aquel pueblo. Reconstituyó la Alemania trastornada por la guerra, indemnizando á los príncipes desposeidos con los bienes de la Iglesia, y restableciendo un justo equilibrio entre los confederados, sosteniendo así con mano equitativa y firme la balanza de los intereses alemanes, y haciéndola inclinar ligeramente hácia Prusia sin sublevar á Austria, se preparó la alianza prusiana, única posible entonces y al mismo tiempo muy suficiente. Tras de obrar así el bien practicable y apetecible, tanto dentro como fuera, admirado del mundo, adorado por Francia, ya no tenía mas que dormirse en el seno de esta gloria tan pura y consentir que se durmiera también el mundo, rendido de fatiga en el y luzado con sus lobos.

Vano sueño! Este hombre, que tan perfectamente habia juzgado y reprimido las pasiones ajenas, no supo contenerse: apenas sintió heridas las propias. Le insultaron los emigrados, acogidos á Londres: Inglaterra les dejó decir porque no les podía hacer callar segun las prescripciones de sus leyes, y además prestóles oídos á causa de que halagaban sus celos. Qué milagro que así aconteciera, ni qué razon para sorprenderse, y menos aun para irritarse! Pero este héroe, á quien el mundo admiraba por lo prudente, ya no era

dueño de sí mismo. Por venganza blamó y no oyó teniéndola al capricho de su cólera, ultrajó al embajador de la Gran Bretaña. Cuando bastaban unos cuantos dias de tener paciencia para que Inglaterra evacuase á Malta, rompió la paz de Amiens, y así pasó á Malta en las manos británicas para siempre. Los emigrados que le habian ultrajado conspiraron contra su vida, y á príncipes tuvieron desgraciadamente por cómplices ó por confidentes. En la impotencia de hacer sentir sus iras á unos y á otros, se fué á territorio que era neutral con el fin de apoderarse de un príncipe, no ignorante quizá de tales tramasy si bien no tuvo parte en ellas, y mandole fusilar implacablemente. Europa reclamó contra la violacion del territorio, sublevada á la vista de tal conducta, y Napoleon insultó á Europa. Ah! En su alma trastornada la razon fué vencida por las pasiones, y viniendo á ser las revoluciones de esta alma poderosa las del mundo, la política fuerte y contenida del consulado cedió el lugar á la política ciega y desordenada del imperio. Esta fué la primera de las grandes faltas del primer cónsul y la mas decisiva, como que determinó el origen de todas las otras. Sus omis-

Enemistado el primer cónsul con la Gran Bretaña le quiso coger cuerpo á cuerpo y cruzar el estrecho. Mas para pasar el mar con seguridad se necesitara tranquilizar al continente, y en lugar de hacerle así, apoderóse de Génova! Entonces el continente estaba y del maritimo se hizo continental la guerra, lo cual no era de sentir porque de esta suerte se le proporcionó la coyuntura de batir á Inglaterra en la persona de sus aliados, y de resolver la cuestion por tierra en vez de resolverla